

ANDRES GALLARDO

**Historia
de la
Literatura**

y otros cuentos

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección *bn a*
Clasificación..... *9A1345-38*
Cutter.....
Año Ed. *1982* Copia. *1*
Registro Seaco..... *87948*
Registro Notis. *AA02770*

BIBLIOTECA NACIONAL



0232199

ANDRES GALLARDO

**Historia
de la
Literatura**

y otros cuentos



87943

ROBERT GALLAGHER

Historia
de la
Literatura

y sus autores

INDICE

Indice	3
Prólogo	5
Historia de la literatura	7
Memorias, antimemorias, y la despiadada verdad histórica	15
Don Octavio	27
Literatura instrumental	33
Las damas de negro	37
Deposición	41

PROLOGO

(del autor)

El otro día pasó por aquí un amigo y nos pusimos a tomar un poco de vino y a hablar de literatura para evitar hablar de cosas más personales o más serias. En eso, el amigo me preguntó si recordaba el primer libro que había golpeado —literariamente— mi pudor. Yo me puse a pensar y no me costó gran cosa dar con la historia.

Los dedos rabiosos del militar se hundieron bruscamente en el ángulo del escote y, aferrando corpiño y vestido, tiraron hacia ambos costados, rasgando las prendas de arriba abajo. Los pechos de la joven saltaron desnudos, temblorosos, impregnados de tibia fragancia de mujer.

.....

Mi amigo me miró sin gran asombro y dijo Adiós al Séptimo de Línea, página ciento cincuenta y dos. Yo no me acordaba de la página pero sí mantenía incólume la línea de puntos suspensivos que clausuraba la escena y mantenía también la sensación de incomodidad que me había dejado el que después de los puntos suspensivos continuaran las cosas de la guerra como si nada hubiera pasado aquella noche en Iquique. Mi amigo y yo continuamos hablando sobre la poca relevancia de *Adiós al*

Séptimo de Línea en la literatura hispanoamericana y sobre la influencia de la literatura en la vida común y corriente y sobre la necesidad de vivir la vida como vida y no como literatura y esas cosas. Yo me distraía, yo pensaba en unos cuentos que me había dado por escribir sobre unos personajes cuyos afanes más notorios eran afanes literarios y me inquietaba esta tendencia a hacer literatura sobre la literatura. También pensaba, melancólicamente, en lo improbable que iba a ser hacer menos literatura en mis cuentos, en lo improbable que iba a ser que el pobre Roberto me hablara derecho sobre la mera vida sin hacerla parecer literaria, en lo improbable que iba a ser que él y yo nos liberáramos de una obsesión de más de veinte años con las tetas de Leonora Latorre.

.....'

HISTORIA DE LA LITERATURA

Don Vicente Ramírez de Arellano Vicente fue durante 27 años el mejor sastre de Curicó; don Vicente fue un excelente sastre, un considerado marido, un solícito padre, un moderado bebedor de pisco con bilz, un constante jugador de brisca, quizás un excesivo jugador de brisca, quizás por eso un día su señora, luego de madura meditación, decidió abandonar el hogar y largarse a Purén con Raúl Ceballos Armijo, que habrá sido todo lo alcohólico que se quiera pero que jamás había tomado un naípe entre sus manos. El abandonado don Vicente sintió tanto la falta de la esposa que perdió la afición por la brisca y por el pisco con bilz y empezó a pasarse las tardes en la soledad de su casa leyendo novelas criollistas (que en Chile se tienen en mucha estima). Doña Berta, cuando supo que don Vicente había dejado de jugar brisca y de tomar pisco con bilz todos los días no tuvo necesidad de reconocer que estaba hastiada de Ceballos, sino que retornó al hogar a pedirle perdón a su único marido, cosa que obtuvo inmediatamente. Don Vicente se empezó a sentir muy feliz reinstalado en la paz del hogar, tanto que a los pocos meses empezó a jugar brisca y a beber pisco con bilz. Pero entonces doña Berta, después de pensarlo bastante y sufrir mucho, fue y se fugó con Gamaliel Mendoza Llanos, farmacéutico de Quirihue, aficionado a las profesoras primarias y a las corbatas de seda, pero no al juego. Don Vicente languideció lo indecible con la partida de la esposa y no halló otro consuelo sino recluirse en su lamentable hogar y volver a las novelas criollistas (de las cuales hay un número bastante crecido). Por entonces ya Gamaliel Mendoza había mostrado la hilacha abundantemente y la contrita señora Berta retornó un día a su único legítimo hogar a suplicar perdón. La señora Berta hubiera querido decirle a don Vicente que retornaba al

hogar con la condición de que don Vicente no retornara a la brisca y al pisco con bilz de todos los días, pero como las circunstancias la señalaban a ella como la esposa infiel se abstuvo de poner condiciones. Don Vicente, entonces, confortado en la recobrada paz hogareña, empezó a retomar sus diarias veladas de brisca y su diario pisco con bilz como la cosa más natural del mundo. La señora Berta, ya como la cosa más natural del mundo, al cabo de unos meses fue y se radicó en Cabildo con el funcionario de Correos y Telégrafos Bartolomé Ruiz de Gamboa Casas, de cuyos desvíos sexuales aún guardan incómoda memoria numerosas personas de la provincia de Aconcagua. Don Vicente quiso enfrentar como hombre la ida de la esposa y siguió con su brisca y con su pisco con bilz, pero aguantó poco tiempo y terminó recluido en su casa y entregado con interés a la lectura de novelas criollistas (que han aliviado las penas de más de un doliente). Cuando doña Berta se enteró de esto, no necesitó otra excusa para dejar al Ruiz de Gamboa, de cuya compañía estaba más avergonzada que contrita. Don Vicente la recibió de vuelta en el hogar sin aspavientos ni recriminaciones y siguió con sus lecturas caseras, pero sin saber cómo fue dejando el fructífero ejercicio intelectual de la lectura de novelas criollistas y dándose a la brisca y al pisco con bilz. Doña Berta se aguantó hasta que don Vicente se había dado por completo a la brisca y la pisco con bilz antes de amancebarse en el mismo Curicó con el Nelson Faúndez Albarrán, de sólo 22 años pero con la poca decencia de cualquier varón de más edad. Para don Vicente fue un golpe terrible y el pobre hombre sólo atinó a encerrarse en su casa tristemente con una nutrida colección de novelas criollistas, único refugio de su pena. Doña Berta, considerando el sufrimiento de su marido y considerando que el hombre había abandonado la brisca y el pisco con bilz y considerando que no estaba bien que una mujer cincuentona estuviera amancebada con un muchachón (que por cierto era irresponsable y desatento), decidió solicitar el perdón de don Vicente y reducirse a la vida marital. Don Vicente le concedió el perdón y se redujeron ambos a la vida marital. La vida marital propiamente dicha duró hasta que don Vicente empezó a jugar brisca y a beber pisco con bilz todos los días. Doña Berta se empezó a sentir muy frustrada y no halló otra salida que arrancarse a Valparaíso en compañía de Victorino Fernández Tuy, inmigrante español de quien se comentaba que había sido por años cura párroco en un pueblo de

Galicia, cosa que Victorino negaba con una vehemencia casi cómica, jurando que había salido de España por motivos políticos y de honor. Victorino también era sastre y esto produjo en don Vicente una depresión que casi lo llevó a la tumba. Enfermo de melancolía, se encerró en su casa y sólo hallaba consuelo en las novelas criollistas (que no faltan en un hogar bien establecido). Doña Berta también estaba sufriendo con Victorino Fernández, que siempre andaba hablando de la desazón de vivir abarragado, contraviniendo las leyes de la razón, de la República y de la Santa Iglesia. Así que cuando llegaron a los oídos de doña Berta las nuevas de la tristeza de don Vicente y su reclusa vida, doña Berta viajó a Curicó a postular a un perdón del cual se creía inmerecedora. Don Vicente no dijo una palabra pero le abrió a doña Berta las puertas del hogar y de la quietud familiar. La vida de quietud familiar empezó a resentirse cuando a don Vicente le dio por jugar brisca y beber pisco con bilz todos los días. Doña Berta no fue capaz de aguantar ese calor y sólo atinó a fugarse con el practicante de Illapel Galvarino Aguilar Couso, de cuya avaricia sólo iría a gozar años más tarde una sobrina inesperada. El sufrimiento de don Vicente sólo pudo haber sido igualado por las privaciones de doña Berta. Don Vicente abandonó las tardes de brisca y de pisco con bilz y se encerró en su casa a diluir su pena con toda sobriedad en las páginas de los maestros de la narrativa criollista (que suelen escribir en estilos muy pulcros), hasta que una tarde llamó a la puerta del hogar vacío doña Berta, raída y con quince kilos menos. Don Vicente no pudo resistir la contrición de la esposa y la recibió de vuelta con tanta alegría como magnanimidad. La señora Berta venía muy debilitada y tardó meses en reponerse, pero al final se repuso gracias a la solicitud de don Vicente y gracias a la malta con huevo, que es como una cosa milagrosa. Don Vicente y doña Berta pasaban las tranquilas veladas curicanas en la cálida paz hogareña, don Vicente leyendo novelas criollistas y doña Berta reponiéndose. Cuando la señora se vio más repuesta, don Vicente, sin segundas intenciones de ningún tipo, empezó a ir al club a tomar pisco con bilz y a jugar brisca, y muy pronto lo estaba haciendo a diario. La señora Berta trató un par de veces de hablarle del asunto pero don Vicente le cambiaba dulcemente el tema. Y en una de esas la señora Berta fue y se trasladó a vivir a Ancud con el profesor de inglés Alfredo Kusanovic Martí. La brisca y el pisco con bilz perdieron sen-

tido para el cuitado don Vicente, a quien sólo le quedaron ánimos para pasar los días encerrado en su casa leyendo novelas criollistas (que son como una mina inagotable) y recordando a su amada esposa, Doña Berta, hastiada de oír nada más que una lengua incomprensible en la intimidad con Kusanovic (que tomaba muy a pecho su profesión), no lo pensó dos veces cuando se enteró de la doliente condición de su legítimo esposo y viajó a Curicó con la esperanza de obtener el perdón de su desvarío. Don Vicente era un hombre bueno y la señora Berta no tuvo que humillarse para hallar perdón. Pero al poco tiempo don Vicente, viéndose tan contento, empezó a jugar brisca y a tomar pisco con bilz todos los días. Doña Berta empezó a desazonarse notablemente y su desazón culminó en su abrupta fuga a Talagante con Ramón Brahim Salaf, dueño del club social El rincón sirio. La partida de su señora cambió el curso de la vida de don Vicente, que comenzó a languidecer de tristeza y terminó recluyéndose en su solitaria casa, incapaz de hacer nada sino leer asiduamente novelas de escritores criollistas (tanto rurales como urbanos) y a echar de menos a doña Berta. Doña Berta se enteró muy pronto de la tristeza en que vivía su marido y le bajaron todas las nostalgias y decidió retornar a su lado y conseguir su perdón, cansada también de 14 horas diarias de ardua labor en El rincón sirio. Don Vicente, sin rencores ni pequeñeces, recibió a doña Berta con los brazos abiertos señalando así el retoñar de la dorada paz, que suele ser flor efímera. Fue así que don Vicente empezó a dedicarse algo excesivamente a la brisca y al pisco con bilz de modo quizás desconsiderado para con su esposa, la cual, sin ánimo de herir a nadie, y a pesar de andar ya no lejos de los sesenta, dio en fugarse a Santiago con el suboficial mayor (R) Gustavo Adolfo Pereira Cruz, cuya rígida disciplina sobrellevó con estupenda dignidad hasta que le llegaron noticias de que su esposo don Vicente había abandonado del todo las tardes y noches de brisca y de pisco con bilz para encerrarse en su casa sin otro solaz y compañía que una completa colección de novelas criollistas (que como muchas personas guardaba empastadas). Doña Berta decidió retornar a Curicó a suplicar con las lágrimas en los ojos y otras sinceras muestras de pesar el perdón del melancólico don Vicente, el cual celebró la vuelta al hogar de doña Berta. Quizás no haya habido en Curicó una esposa más solícita y amante que doña Berta ni un esposo más complaciente y responsable

que don Vicente. Pero como así es la vida, don Vicente, siguiendo un impulso más poderoso que su voluntad, empezó a descuidar el hogar y a entregarse a la brisca y al pisco con bilz con entusiasmo propio de novicio. Doña Berta concentró toda su fortaleza en sobrellevar tan dura prueba, pero al fin las circunstancias fueron más poderosas que su determinación y terminó yéndose a Frutillar con el criador de chanchos Sergio Rubilar Canío, en cuyos malos tratos halló más que suficiente castigo a sus niñerías. Don Vicente, por su parte, no quedó en un lecho de rosas sino en un lecho de enfermo, pues la inesperada partida de la esposa le produjo una pena tal que empezó a languidecer en su ya casi ancianidad sin ánimo para nada, como no fuera la lenta lectura de novelas de novelistas criollistas (que en general son aptas para cualquiera edad). Doña Berta no pudo resistir el padecer de su único marido don Vicente Ramírez de Arellano Vicente ni los malos tratos de Sergio Rubilar y un día sin esperar perdón se volvió a Curicó a cuidar a don Vicente, y así la vida familiar se reanudó sin que tuvieran que mediar formalidades. Entre don Vicente y doña Berta jamás se supo de un sí ni un no. Cuando don Vicente estaba alentado, era común verlos pasear su mutua madurez al amparo de los árboles de la plaza de armas de Curicó (que es la mejor plaza de armas de Chile). Una tarde muy calurosa don Vicente invitó a doña Berta a tomar alguna cosita al club; la señora Berta pidió una papaya y don Vicente pidió una bilz pero con un dedito de pisco. Al día siguiente don Vicente volvió al club y se pasó toda la tarde jugando brisca y bebiendo pisco con bilz, cosa que empezó a hacer cada vez con más frecuencia, cosa que produjo gran desasosiego en doña Berta, cosa que don Vicente no pudo notar pues se pasaba en el club jugando brisca y bebiendo pisco con bilz, cosa que llevó a doña Berta a recibir la diaria visita de don Orocimbo Ripamonti Bórquez, ex diputado liberal. Don Orocimbo, en un arranque pasional, le propuso en una de esas a doña Berta que se fugaran a una parcela que don Orocimbo tenía en Teno, pero doña Berta le hizo ver que pasados los sesenta no estaba bien andar con esas cuestiones y que más mejor siguieran como estaban. Don Vicente empezó a notar algo raro en la conducta de doña Berta y empezó a volver a casa más temprano, eso sí que dándole siempre a don Orocimbo la oportunidad de retirarse a tiempo. Don Vicente, la verdad es que empezó a

llegar a casa cada día más temprano, a concentrarse, no sin melancolía, en las honestas páginas de los grandes de la narrativa criollista (que es un género en el cual, por alguna razón misteriosa, los chilenos sobresalen). Doña Berta, la verdad es que estaba muy contenta con las tempranas llegadas de su esposo, pues don Orocimbo Ripamonti Bórquez no era, después de todo, compañía excesivamente amena. Llegó un día en que don Vicente simplemente dejó de ir al club a jugar brisca y a tomar pisco con bilz y doña Berta dejó de recibir a don Orocimbo, el cual tuvo que aceptar la realidad con estoicismo, pues parece ser que doña Berta había sido lo único grande que le había ocurrido en su vida, aunque no lo pudiera reconocer. En la paz de su clara casa curicana, rodeado de la silenciosa multitud de su bien dotada biblioteca de autores criollistas, don Vicente Ramírez de Arellano Vicente, viendo transcurrir el tiempo con placidez y sin ocultos pesares ni odios, reconoció un día la idea que comenzaba a germinar en su interior y congregó toda su responsabilidad en enfrentarla dignamente; doña Berta Tapia de Ramírez de Arellano, entrada ya por los portales de la ancianidad sin ocultos remordimientos ni innecesarias dietas, valorando cada minuto de su vida junto a don Vicente en la paz de su clara casa curicana, reconoció otro día con íntimo gozo la idea que maduraba en su interior y concentró toda su atención en desarrollar sus contornos exactos. Y aconteció que un día don Vicente Ramírez de Arellano Vicente tomó la pluma y dio comienzo a su monumental *Historia del Criollismo: de Blest Gana a Droguett*, y aconteció también que otro día doña Berta Tapia de Ramírez de Arellano tomó la pluma y trazó con mano firme y tierna los primeros escauceos de sus *Memorias Eróticas*. La *Historia del Criollismo: de Blest Gana a Droguett*, terminada cinco años más tarde, se habría publicado sin duda, de no haber sospechado los editores que un libro de tal índole y volumen hallaría un camino excesivamente lento por las librerías, y de no haber estado muerto don Raúl Silva Castro, a quien la obra iba dedicada y quien habría sabido apreciar su valor. Las *Memorias Eróticas*, terminadas casi al mismo tiempo que la *Historia del Criollismo: de Blest Gana a Droguett*, habría hallado un envidiable destino editorial de no haber mediado la mojigatería de cuantos editores hojearon el manuscrito y en seguida se apresuraron a rasgar sus vestiduras, como se dice. La *Historia del Criollismo: de Blest Gana a Droguett* es un libro sobrio, maduro, bien

documentado, abundante en juicios certeros y en datos de primera mano, y de lectura sorprendentemente amena; la *Historia del Criollismo: de Blest Gana a Droguett* aún a solidez filológica, capacidad crítica y amor a las letras nacionales. Las *Memorias Eróticas* son las memorias más eróticas que se puedan imaginar; las *Memorias Eróticas* son unas memorias increíblemente eróticas, son unas memorias desenfundadas, gozosas, extremas, que hacen del pudor flor exótica; en las *Memorias Eróticas* sólo hay lugar para la pasión y para la dignidad. La *Historia del Criollismo: de Blest Gana a Droguett* yace amarillenta y desencuadernada en algún cajón de algún escritorio de algún Departamento de Literatura Hispanoamericana de alguna Universidad chilena donde las clases de cierto profesor de Literatura Chilena e Hispanoamericana se han transformado como por arte de magia en un modelo de amenidad y de desvergüenza. Los pedazos de las *Memorias Eróticas* se pudren en algún basural de Curicó, gracias a la diligencia de Silvia Ramírez de Arellano Tapia, que aprendió desde chica y casi sin que nadie le enseñara esas cosas de la decencia y el honor de la familia. Don Vicente Ramírez de Arellano Vicente y doña Berta Tapia de Ramírez de Arellano yacen muy juntos en el cementerio de Curicó, y si ahí se permiten esas cuestiones, compartiendo afanes literarios y quizás cuántos afanes más.

MEMORIAS, ANTIMEMORIAS, Y LA DESPIADADA VERDAD HISTORICA

0. Introducción.

En esta crónica procuramos esclarecer las circunstancias en las cuales tuvo lugar una de las más sonadas (y hasta cierto punto lamentables) polémicas que han visto las letras maulinas. Se trata del intercambio de recuerdos, de opiniones, y de ofensas, habido entre don Ramiro Saavedra Duque, autor de *Al fluir de la pluma: memorias de medio siglo maulino*, y don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz, autor de *Río revuelto: antimemorias maulinas*, de belicosa factura. En cierto sentido, la presente relación también es parte de la polémica cuya historia traza, por lo que podría llamarse algo así como El difícil intelecto: memorias de una fugaz mansión maulina. Pero la intención de estas memorias, o crónica, o informe, es, sobre decirlo, meramente histórica y pretende atenerse a los hechos con objetividad, tal y como ha sido posible informarse de ellos a través de documentos escritos y del contacto directo con los implicados. El que en algún momento parezca asomar, aquí o allá, sombra de parcialidad por uno u otro bando, se debe única y exclusivamente a que el autor es apenas humano.

Hemos dividido nuestro trabajo en tres partes. En la primera tratamos de deslindar el concepto de literatura maulina, marco de referencia que da sentido a los hechos aquí presentados. En la segunda parte, ubicamos la persona y la obra de don Ramiro Saavedra Duque y de don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz dentro de la tradición literaria maulina y ofrecemos un análisis crítico de las

obras objeto del presente estudio. En la tercera parte presentamos nuestra propia versión de los hechos. En una breve conclusión retomamos las ideas básicas expuestas en las tres primeras partes y las condensamos en un enunciado histórico-literario de carácter generalizador.

1. Literatura maulina.

Desde los albores de su historia cronicada, Chile y sus regiones se han visto propugnados, definidos y refrendados por el quehacer literario de sus hijos y allegados. Baste recordar que la primera caracterización del entorno nacional chileno se debió no a geógrafos, no a aventureros, no a burócratas, sino a un poeta. Fue don Alonso de Ercilla y Zúñiga quien nos señaló para siempre una dimensión conocida en el planeta:

Chile, fértil provincia y señalada
en la región antártica famosa;
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa:
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida.
Es Chile Norte Sur de gran longura,
costa del nuevo mar, del Sur llamado;
tendrá del Este a Oeste de angostura
cien millas por lo más ancho tomado;
bajo del polo antártico en altura
de veinte y siete grados, prolongado
hasta do el mar Océano y chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.

Desde entonces el país todo y cada una de sus comarcas han crecido paralelas a su literatura.

No todas las regiones, por cierto, han sido igualmente afortunadas. La Frontera, por ejemplo, aún espera su escritor total. La región maulina —feliz ella— se cuenta entre las que no sólo han producido hijos entregados con éxito a las letras, sino entre las que con mayor consistencia han visto sus contornos dibujados en obras literarias de honda calidad. La gloriosa tradición literaria de la cuenca del Maule, como bien la definiera don Ra-

miro Saavedra, ha atraído también a escritores de otras latitudes. Así por ejemplo Mariano Latorre, aunque fruto de la cuenca del Itata, se acercó a lo maulino más de una vez. Manuel Rojas, devuelto a Chile desde la cuenca del Plata, plasmó con maestría en sus historias vidas de hijos del Maule. Esto nos lleva a preguntarnos en qué consiste la literatura propiamente maulina. Se trata, sin duda, de un concepto que va más allá de lo geográfico para adquirir tintes genéticos y vocacionales. No todo el escritor que aborda temas maulinos es parte cabal de la literatura maulina aunque contribuya al desarrollo externo de la gloriosa tradición literaria de la cuenca del Maule. Así, Mariano Latorre, a pesar de sus figuras maulinas inolvidables, queda fuera por nacimiento y, sobre todo, "por haber ido a terminar sus días en la cuenca corrupta del Mapocho pestilente". Lo mismo Manuel Rojas, cuyo Bonete Maulino es sin duda obra cumbre de legítima inspiración maulina, es descartado de la literatura maulina sensu stricto por nacimiento, pero sobre todo "desde el día en que fijó residencia en la comarca de la cuenca del insignificante Mapocho". Las anteriores afirmaciones, de don Ramiro Saavedra Duque, reflejan los celos regionalistas extremos que llevan a una visión restringida de la literatura maulina. Don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz tenía una visión más amplia, y esto es parte fundamental de la desaveniencia entre ambos. Pero donde uno y otro coinciden es en su respeto casi sin límites por el autor del Poema de las Tierras Pobres. En efecto, el escritor mayor considerado por todos los intelectuales maulinos como más genuinamente maulino es don Jorge González Bastías (1879-1950), nacido, criado, incomprometido, muerto y glorificado en los confines de la hoya opima de su río natal. Así pues, aceptaremos aquí como válida la noción de literatura propiamente maulina desarrollada por don Ramiro Saavedra Duque:

La literatura maulina propiamente dicha es aquella literatura de escritores nacidos y radicados en el vasto ámbito geográfico drenado por el río Maule y sus tributarios, y cuya producción literaria mayor se nutre de la variedad físico-cultural que dicha red fluvial informa, y que a su vez ayuda a deslindar la identidad físico-cultural de la misma.

2.0. Memorias y antimemorias.

2.1.1. Don Ramiro Saavedra Duque nació en Talca, la indiscutida metrópoli maulina, en 1908 (según él mismo), o en 1906 (según su señora, nacida en 1907) o en 1905 (según cierta partida de nacimiento), o en 1902 (según los cálculos de doña Deidamia Villavivencio, antigua y sapiente vecina de Corinto). Lo cierto es que en 1925 entró a la Escuela Normal de Talca, que se recibió de profesor en 1927 y que en 1929 ya estaba trabajando en la Escuela Pública de Corinto, centro productor de caldos de merecida fama. En 1930 don Ramiro se casó con doña Laura Cortés Alcoholado, natural de Corinto, lo cual terminó de convertirlo en ciudadano respetable en casi todos los círculos locales. En 1932 doña Laura y don Ramiro tuvieron su primer (y en cierto sentido único) hijo: Bernardo Arturo Saavedra Cortés. Don Ramiro, deseoso de ser un buen padre y de dar a su hijo una educación óptima, buscó en las páginas de los forjadores de nuestro idioma la guía más segura para tal empresa y, de entre todos, el que le señaló el rumbo más fértil y seguro fue el pulcro Tomás de Guevara, cuyo Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea se transformó en el espejo en el cual don Ramiro Saavedra quiso reflejar su vida y la enseñanza de su hijo. En la práctica, esto significó el perfeccionamiento de una pedagogía rural y un estilo de vida cuya característica más acusada fue la sencillez en el trato, en el comer, en el vestir, en fin, en todos los órdenes de la vida. La ruralidad de don Ramiro se manifestó también en su confinamiento aldeano y en el odio desmedido hacia la Corte, que él identificó con Santiago, de lo cual se dio una muestra en la sección precedente. Este odio llevó quizás prematuramente a la tumba a don Ramiro. En 1973, aquejado de cáncer, recibió la alternativa: o viajaba a Santiago a hacerse un tratamiento de radiación o se moría en el hospital de Talca. Don Ramiro no murió en Santiago ni en el hospital de Talca sino que se fue a morir a Corinto y en su propia cama, rodeado de sus perales, de su parrón, de su escuela, de su almendro, de sus naranjos, de sus memorias mimeografiadas, de hormigas, del Capitán, de su señora y de la moderada consternación de los vecinos de Corinto. Desde el punto de vista literario, la ruralidad de don Ramiro se manifestó en una cierta falta de contacto con los medios y modas intelectuales incluso talqui-

nos y se vio plasmada en un criollismo arcaizante por cierto no carente de gracia ni de ímpetu creador. La labor literaria de don Ramiro Saavedra Duque se dispersaba, hasta la aparición de sus memorias, en varias églogas, en algunos himnos patrióticos y regionales, en artículos sobre educación rural y efemérides, y en cientos de cartas al director de La Mañana. Una vez al año don Ramiro se permitía unas vacaciones en Constitución, donde se tostaba al sol, comía pejerreyes, y se enfrascaba en interminables pláticas literarias con otros intelectuales maulinos, pláticas donde la flor de la polémica prendía con sorprendente vitalidad, sobre todo entre don Ramiro Saavedra Duque y don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz.

2.1.2. Don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz (1905-1973) nació en Cauquenes. Los padres de don Angel Custodio eran dueños del Hotel Continental, que don Angel Custodio heredó y aprendió a manejar con decencia y sentido práctico. A don Angel Custodio siempre le gustó el ramo hotelero porque le permitía un trato continuo con gente de la más variada calaña. Las memorias de don Angel Custodio deben más de un capítulo al traqueteo interminable del Hotel Continental de Cauquenes. La vocación literaria de don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz, sin embargo, fue fruto tardío y, en cierto modo, a contrapelo. Por ejemplo, nunca se interesó mayormente por la literatura cuando pasó por el liceo, aunque siempre tuvo una rara facilidad para expresarse por escrito. Así, en 1940, ajeno a toda veleidad literaria, don Angel Custodio decidió ampliar su ámbito económico y abrió una residencial veraniega en Constitución: pensión Ahrens. Ese mismo año, y en su propia pensión, don Angel Custodio conoció a la Srta. Rosa Bahamondes Norambuena, de la cual se enamoró no más verla. La Rosita resultó sumamente esquiva, pero don Angel Custodio descubrió su gran debilidad: la poesía, y entonces, obligado por las circunstancias acudió al soneto como la única estrategia razonable para conquistar a su amada. Y su tenacidad se vio coronada por el éxito, pues la Rosita terminó rindiéndose al asedio poético y se casaron al final de ese verano, después de un romance tan fogoso como lleno de sonetos. Pero don Angel Custodio no sólo ganó una esposa y una socia hotelera: también descubrió la literatura practicante. De hecho, los sonetos que le había es-

crito a la Rosita le parecieron tan bien, que empezó a publicarlos en los diarios y a mandarlos a concursos.

De los sonetos don Angel Custodio se pasó a la prosa y se dedicó a escribir crónicas y relatos costumbristas de nítida orientación maulina que muy pronto hallaron aplauso en los círculos locales.

Don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz ejercitaba su vena literaria con especial ahínco durante los veranos en Constitución. La pensión Ahrens se convertía entonces en la verdadera metrópoli de la intelectualidad maulina. Allí se tomaba blanco de Colliguay, se comían pejerreyes fritos, y se pasaban las tardes y las noches en interminables pláticas literarias donde la flor de la polémica prendía con sorprendente vitalidad, sobre todo entre don Angel Custodio y don Ramiro Saavedra Duque. Precisamente en esas polémicas veladas tomaron forma las Memorias que irían a perpetuar las de sus respectivos autores, si bien por vías encontradas.

2.2. Memorias y Antimemorias.

Las memorias *Al fluir de la pluma* de don Ramiro Saavedra Duque salieron del mimeógrafo de la escuela de Corinto en 1951, al año de la muerte de Jorge González Bastías, y las antimemorias *A río revuelto* de don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz vieron la luz en 1953, como respuesta a las memorias de don Ramiro. Es importante señalar que don Ramiro escribió sus memorias sabiendo que don Angel Custodio iba a responder con otras memorias (o antimemorias). *Al fluir de la pluma* es un texto abierto que a cada paso incorpora explícitas incitaciones a la polémica y párrafos hábilmente oscuros y aun incompletos, como exigiendo respuesta. Las páginas de *Río revuelto* se encargan de llenar prolijamente esos huecos. Es, pues, legítimo considerar las memorias *Al fluir de la pluma* y las antimemorias *Río revuelto* como una sola entidad mayor, como un solo texto complejo, un caso ejemplar de verdadero diálogo literario o intertextualidad bilateral.

La estructura externa de las memorias *Al fluir de la pluma*, de don Ramiro Saavedra Duque, es tan simple como ingeniosa. Los recuerdos literarios de don Ramiro se deslizan reflejando el cauce del río Maule. Comienzan

con los primeros escauceos literarios del joven que no sabe por dónde ir y, como el Maule niño, "sigue tímido el capricho de los accidentes naturales, ya dispersándose en múltiples direcciones, ya remansándose en meandros de melancolía e indecisión", hasta que al fin descubre su camino, "dar nombre y sentido a un acontecer regional, canalizándose creativamente para fertilizar el pan de cada día y recibiendo cursos externamente disímiles pero productos todos del agua vivificadora una, hacer de la zona una unidad tanto cultural como física", para entregarse al fin con placidez "en los abismos del océano, con su experiencia de montañas erosionadas, valles feraces, pueblos soñolientos e ilusiones nunca satisfechas". Resulta evidente la voluntad regionalista de don Ramiro Saavedra. Ya hemos visto cómo quiso definir en forma muy estricta lo que entendía por literatura maulina. En el nombre de este celo regional, las memorias de don Ramiro omiten hechos importantes y engrandecen hechos y personajes sin duda menores (como por ejemplo los Juegos Florales de Corinto, 1945, que él señaló como el símbolo de la generación maulina de los cuarenta). En esos Juegos Florales don Ramiro ganó la Flor de Oro Corintia con un soneto, de los pocos que escribió. A este extraño soneto don Ramiro atribuyó siempre una importancia extraordinaria, considerándolo no sólo su obra maestra sino la más genuina encarnación del espíritu maulino. Fue este soneto, también, la fuente más concreta de desaveniencias, pullas, y aun insultos, entre don Ramiro y don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz. He aquí el soneto:

Al Alma Maulina

Meciendo va su gracia concentrada,
Entera, fuerte, bella, promisoría,
La hija predilecta de la historia,
Altiua frente al río desnudada.
Nuestro ser la venera en su alborada
Irradiante de luz premonitoria:
Amala con mirada posesoria,
Síguela con mirada emocionada.
Eres, Alma Maulina, provincial;
Gózase el corazón en tu esplendor
—Oye su palpar reverencial—.
Vámonos a bogar con tu calor:
Iremos abrazados sin final,
Aunados en las ondas del amor.

Al fluir de la pluma: memorias de medio siglo maulino, no fue un libro propiamente exitoso. En general se le acusó de excesivamente regionalista. Sin embargo, con la aparición de *Río revuelto: antimemorias maulinas*, cobró la vida que le faltaba. Don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz atacó el chauvinismo maulinista de don Ramiro Saavedra, aunque sin oponerse sustancialmente a la definición básica de literatura maulina propuesta por don Ramiro. Pero don Angel Custodio sostiene que hay que completar esa noción de identidad cultural maulina engarzándola armónicamente en el entorno más amplio de la literatura hispanoamericana. Así, las antimemorias *Río revuelto* dedican largos capítulos a sucesos continentales y aun panhispánicos (por ejemplo, la publicación de Veinte Poemas de Amor, la guerra civil española, la publicación de *El mundo es ancho y ajeno*, la visita de Alfonso Reyes a Talca, el Premio Nóbel de Gabriela Mistral). Pero, cosa fácil de entender, don Angel Custodio fija el centro de la literatura maulina en la ciudad de Constitución y dedica largas páginas a las veladas literarias de la Pensión Ahrens, donde según él se plasmó para siempre la noción de identidad cultural de la cuenca del Maule. El último capítulo de las antimemorias de don Angel Custodio es el más belicoso: se trata de un agresivo ataque al soneto de don Ramiro Saavedra *Al Alma Maulina*. Según don Angel Custodio, es un soneto espurio, que da una visión chata y desmedrada del alma maulina. Llega incluso a hablar de una "traición al tradicional espíritu acogedor y abierto que caracteriza a los hijos del Maule" y de un "aprovecharse arteramente de las circunstancias para sacar provecho del trabajo paciente de los demás" (de donde el subtítulo de *Río revuelto* de sus antimemorias). Según don Angel Custodio, *Al Alma Maulina* es uno de los capítulos de la literatura maulina que algún día habrá que omitir. (Es cierto que don Ramiro Saavedra no había sido menos duro con la poesía de don Angel Custodio, a la cual tildó de "fanfarronería vacua metrificada, desleal abuso de noble herramienta y mañosa impudicia"). Para sustentar su tesis sobre el río revuelto, don Angel Custodio reproduce en sus antimemorias un soneto de su propia inspiración, escrito por la misma época que *Al Alma Maulina* y que, sostiene, "sí recoge lo íntimo, lo inefable del ser maulino". Para abreviar, he aquí el soneto de don Angel Custodio:

El Espíritu Maulino

Mírate envuelta sólo en tu hermosura,
Eterna hija del río, ante la mar.
Levanta ya tu ebúrneo caminar
Al sol porque acaricie tu textura.
No escondas, no, tu clara donosura,
Imita al sol que envidia tu mirar:
Amplía las fronteras de tu lar,
Sea el mundo el entorno a tu aventura.
Entra conmigo al mar de nuestro amor,
Goceemos el momento sin temor,
Oigamos melodías alejadas,
Volemos entre nubes ignoradas,
Indaguemos por todos los caminos:
Amor nos hará siempre más maulinos.

Al fluir de la pluma: memorias de medio siglo maulino y Río revuelto: antimemorias maulinas sacudieron la amistad de don Ramiro Saavedra Duque y don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz, pero no la destruyeron completamente. Don Ramiro siguió yendo a la pensión Ahrens de Constitución todos los veranos. Las interminables veladas literarias continuaron. La flor de la polémica no se marchitó; por el contrario: ardió con renovado brío.

En 1969 yo tuve la oportunidad de leer las memorias de don Ramiro y las antimemorias de don Angel Custodio. Algo me dijo que había allí un misterio y me propuse aclararlo, a pesar de los años que habían transcurrido desde la publicación de esos documentos. Así, el verano de 1970 me convertí en transitorio huésped de la pensión Ahrens de Constitución. Don Ramiro Saavedra, ya muy enfermo, se veía muy viejito, pero conservaba inalterables su lucidez y su locuacidad. Don Angel Custodio era un poco apatriarcado, pero de notable amabilidad. Las veladas literarias me recibieron con cortesía, pese a mi claro origen mapochino, al ver mi genuino interés en las letras maulinas. Don Ramiro Saavedra Duque, don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz, y los demás intelectuales maulinos allí reunidos, se notaban ganosos de que se conocieran en otros círculos detalles de la gloriosa tradición literaria de la cuenca del Maule.

3. La despiadada verdad histórica.

Ahora que don Ramiro Saavedra Duque y don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz están muertos se puede revelar

el misterio de su prolongada polémica. El meollo teórico de esa polémica se reduce, como queda dicho, a la extensión que se da en cada caso al ámbito de las letras maulinas. Don Ramiro representa la actitud regionalista intransigente, reacia a aceptar influencias foráneas, y don Angel Custodio representa la actitud más abierta, deseosa de ver lo maulino como un capítulo de lo hispanoamericano. Ambos autores quisieron simbolizar en sendos sonetos su actitud. Lo que queda sin explicación es la fogosidad con que defendieron sus puntos de vista y el encarnizamiento con que atacaron al contrario. Don Ramiro llegó a llamar a don Angel Custodio "traidor al genio regional", "pirata de Constitución", "manoseador de la inspiración poética", "usurpador de lira", y atrocidades por el estilo. Don Angel Custodio, por su parte, trató a don Ramiro de "sembrador de cizaña", "lobo devorador de ovejas inocentes", "pirata literario", "versificador inescrupuloso y artero" y cosas aún peores. Tanta pasión no podía provenir sólo de la literatura, tenía que haber razones más reales detrás del pugilato verbal de don Ramiro y don Angel Custodio. Las veladas literarias de la pensión Ahrens por cierto no aclararon las cosas. La verdad subyacente a la agria polémica entre las memorias y las antimemorias había que buscarla en otro lado, quizás en las doradas tardes de sol en la playa de la desembocadura del Maule.

Así fue. La reconfortante verdad subyacente a la cruda polémica literaria entre don Ramiro Saavedra Duque y don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz esplendía vigorosa en el Restaurante La Barra, junto al último obstáculo que debe vencer el Maule antes de darse a la mar. En el Restaurante La Barra (que queda aquí debidamente recomendado) doña Melania Segovia repartía su generosidad entre la cocina y los clientes. Doña Melania me debe de haber hallado cara de literato porque me preguntó si estaba en la pensión Ahrens. Yo le dije que sí y exageré mi relación con don Ramiro y con don Angel Custodio diciéndole que éramos viejos amigos. Doña Melania no puso en duda mi afirmación y sonrió dulcemente y los llamó "los viejos poetas lachos", cosa que me interesó y me permitió tocarle el tema de la literatura maulina. Resultó que, aunque sus únicas lecturas sostenidas eran Condorito y Vanidades, doña Melania mostraba una notable afición a la poesía y una excelente capacidad recitadora. Entre otras cosas, me recitó con especial senti-

miento "Al alma maulina" y "El espíritu maulino". A don Ramiro y a don Angel Custodio los conocía muy bien y, además de llamarlos "viejos poetas lachos" los llamó "encendidos capítulos de mi juventud", y por ahí se fue entusiasmando y me contó que por los años 40, en Corinto, de donde procedía, anduvo en amores con don Ramiro Saavedra, a quien le gustaba ir por las noches a danzar desnudos a la vera del río, recitándose versos de amor. Pero en eso conoció a don Angel Custodio Soto-Ahrens, quien la conquistó con la oferta de un viaje a Santiago y luego se la llevó de cocinera a la pensión Ahrens de Constitución. A don Angel Custodio le gustaba irse a la playa al amanecer y que Melania se desnudara frente a las olas y él le cantaba baladas en alemán y en italiano. Pero resultó que don Ramiro también llegó a Constitución y quería seguir con las danzas nocturnas y el amor entre encendidos versos. A Melania le habría gustado (y habría podido) darles gusto a los dos, pero el asunto terminó tornándose escabroso y lleno de tensiones, así es que ella fue y se casó con el finado Nolberto Ramos y se instalaron con el Restaurante La Barra, y así se terminaron abruptamente los juguetes erótico poéticos. A don Ramiro Saavedra Duque y a don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz sólo les quedó el regusto inolvidable de Melania Segovia y un mutuo resentimiento que, para no sacrificar cosas más importantes, decidieron canalizar por la vía de la polémica literaria.

4. Conclusión.

Tanto *Al fluir de la pluma: memorias de medio siglo maulino* como *Río revuelto: antimemorias maulinas* son auténticas memorias literarias. La presencia de Melania Segovia no invalida su contenido documental ni su valor teórico; sólo agrega una nueva dimensión a su lectura y, por ende, obliga a ampliar la noción de literatura maulina, de modo que se puedan leer los sonetos de don Ramiro Saavedra Duque y de don Angel Custodio Soto-Ahrens Ortiz de frente y al sesgo.

DON OCTAVIO

(1)

La joven y desenvuelta señora entró triunfal y estival en la pobre pero honrada Oficina de Correos y Telégrafos de Cobquecura. Entre otras cosas, la joven y desenvuelta señora se permitía el lujo precursor de no usar sostén, lo que habría causado cierto revuelo de no haber sido por la ponderación de don Octavio. Don Octavio, dejando momentáneamente de lado las tetitas de la joven y desenvuelta señora, la miró a la cara. La blanca camisa de don Octavio resplandecía, haciendo juego con la raya de los pantalones y con la impecable dicción.

— En qué puedo complaceros,
joven y esbelta deidad;
será un placer atenderos
con toda puntualidad.

La joven y desenvuelta señora sonrió mundanamente mientras reconsideraba el sobre que tenía en la mano:

— ¿Me podría prestar un lápiz, que se me olvidó poner el remitente?

— No tengo pluma de oro, así es que si no es intromisión de mi parte, déjeme escribirlo yo mismo con este modesto Bic azul.

— Muchas gracias. Veo que Cobquecura es tierra de hombres galantes.

— y de Mariano Latorre,
remite:

Silvia Jiménez de Cisneros
Cobquecura

nombre y apellidos que no comprometen ni informan mayormente acerca de estado civil, de modo que don Octavio se sintió libre para preguntar, considerándose ya con derecho a admirar sobriamente las tetitas:

— ¿Para el pololito?

A lo cual doña Silvia halló muy simpático responder:

— Para el maridito.

Ante lo cual la sonrisa de don Octavio fue imperceptible, y aún se mantenía horas más tarde en la playa, que si bien no es apta para bañarse sí es apta para pasearse con jóvenes y desenvueltas señoras y cosas así; es muy bonita y se presiente desde el mar el trajinar sin duda inquietante de los lobos

— es muy bonita la playa de Cobquecura, don Octavio

— porque está usted, señora Silvia.

— Le agradezco que se haya tomado la molestia de mostrarme estos lugares. Ustedes saben amar su tierra

— y las mujeres hermosas, Silvita. Hoy ha sido una tarde luminosa en mi monotonía pueblerina —mientras el sol se ponía adecuadamente.

— Don Octavio.

— Señora Silvia.

— ¿Cómo es que usted, que es un hombre tan culto y agradable, no ha salido nunca de Cobquecura?

— Porque la esperaba a usted, Silvita, y aunque ya estaba oscuro, don Octavio sabía que los muslos de la señora Silvia Jiménez de Cisneros estaban tostados hasta muy arriba por el sol cobquecurano y otros soles anteriores.

(2)

La kermesse de la Escuela Consolidada de Cobquecura había sido un éxito. Don Octavio había conseguido la orquesta de Nico Villagrán y sus Cometas y había escrito y dirigido el sketch de fondo (un granuja con suerte), por todo lo cual la señorita profesora doña Silvia Martín de Miguel tenía razones para exultar:

— Oh, don Octavio, a usted débese esta exitosa velada. ¿Cómo haremos para testimoniarle nuestro emotivo reconocimiento?

— Al generoso Collipeumo rindiendo culto, señorita Silvia. Hágame usted el honor de alzar su copa junto a mí:

Sueña con tu embriaguez el vino en jarras,
muéstrase como nunca cristalino;
ven a cantar bajo las verdes parras....
!Cantemos al amor, bebamos vino!

— Oh, don Octavio; no querrá usted verme ebria; he bebido ya dos copas de ponche (por lo menos seis) y siento ya el sonrojo en las mejillas, pero aun así doña Silvia no podía desairar a don Octavio, ni tampoco dejarlo que fuera solo su alma a respirar la primaveral brisa de la solitaria playa, donde además es tan tan bello pasear de noche presintiendo, a lo lejos, la vigilia misteriosa de los lobos de mar.

— Cuando miro el azul horizonte
perderse a lo lejos
a través de una gasa de polvo
dorado e inquieto,
me parece posible arrancarme
del mísero suelo
y flotar en la niebla dorada
en átomos leves
cual ella deshecho.

— Oh, don Octavio, es usted poeta.

— Mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas,
mientras exista una mujer hermosa
habrá poesía,

afirmación que autorizaba a don Octavio a posar delicadamente su brazo sobre los delicados hombros de la señorita Silvia, que empezaba ya a contrapuntear con fluidez en el mundo lírico propuesto por don Octavio:

— Yo te contemplo, luna, brillando majestuosa
con esa lumbré pálida, tan grata al corazón;
eres la blanca maga, la virgen misteriosa
que reina en la azulada y espléndida región,
mientras don Octavio la atraía suavemente hacia sí, con
el sólido argumento de que

— Ah, ¿no es cierto, ángel de amor,
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla
y se respira mejor?
Esta aura que vaga llena
de los sencillos olores
de las campesinas flores
que brota esta orilla amena;
esta agua limpia y serena
que atraviesa sin temor
la barca del pescador
que espera cantando el día
¿no es cierto, paloma mía,
que están respirando amor?

a lo cual a la señorita Silvia Martín de Miguel no le quedó sino dejarse llevar de sus sentimientos considerando, mientras don Octavio la ayudaba a despojarse de innecesarias vestiduras,

— ¿Por qué te amo? No sé, pero a tu lado
las sombras huyen de mi triste frente,
palpita el corazón, y el labio ardiente
se embriaga con tu beso regalado,

a lo cual don Octavio sólo tenía la explicación de que

— en aldeas, en campos y en ciudades
sólo el amor es en la tierra eterno.

(3)

Doña Silvia Mate de Luna caminaba de norte a sur por la antaño hermosa plaza de Cobquecura (que desde que la pavimentaron perdió la gracia). Don Octavio caminaba de sur a norte. Doña Silvia, como siempre, saludó amablemente. Doña Silvia era redondita, de largo pelo negro con unas pocas canas que le daban un aire de respeto muy sentador. Don Octavio también saludó amablemente y comenzó a caminar de norte a sur. Doña Silvia Mate de Luna y don Octavio se perdieron en las dunas, hacia el crepúsculo rojo frente a la lobera.

(4)

Silvita Montes de Oca, aventajada alumna ella, había decidido continuar sus estudios en la populosa ciudad de Chillán, hecho lo suficientemente importante como para despedirse de sus amistades y conocencias en persona.

Silvita Montes de Oca siempre había sentido un gran afecto por don Octavio. Cada vez que iba al correo se quedaba largo rato conversando con él; le gustaba que fueran galantes con ella, le gustaba que don Octavio fuera galante con ella, le gustaba verlo reírse sin complejos por la falta de algún diente, le gustaba saber de la vida de don Octavio.

— Así es que usted también se nos va de Cobquecura, don Octavio,
(pero lo decía sin pesar)

— sí pues, Silvita, a sufrir las penas de un amor imposible

— nunca se sabe, don Octavio
(deliciosamente)

— sí pues, Silvita, la esperanza mantiene la vida del hombre.

— ¿Y a dónde se nos va, don Octavio?

— A la pecadora Chillán, Silvita.

— Así pues, don Octavio.

— Sí pues, Silvita. Además está el clima.

— ¿Y por qué cree que el clima de Chillán le va a sentar mejor, don Octavio?

— Usted es mi clima, Silvita.

(5)

Quirihue también es una ciudad muy agradable.

En condiciones normales, de Cobquecura a Quirihue no hay más de una hora y el servicio de buses es bastante bueno, sobre todo en la época de primavera, cuando ya empiezan a ralear las lluvias y a florecer las hierbecillas silvestres, aromáticas, medicinales y evocadoras de bellos sentimientos. Don Octavio, en sus frecuentes viajes primaverales a Quirihue, no terminaba de sorprender a doña Silvia Ruiz de Gamboa, farmacéutica colegiada, con sus notables conocimientos acerca de las virtudes medicinales de cuanta hierba topaban en sus fragantes paseos por el solitario campo.

(6)

A la Silvia Ramírez de Arellano la vieron, una noche de luna llena, salir de la casa de don Octavio. Esto lo vio con sus propios ojos Fidel Sepúlveda, mal sobrino de don Octavio, y me contó el chisme para desahogar su despecho; yo lo repito porque le agarré pica a la Silvia por razones que algún día se sabrán. Don Octavio, él jamás habría dicho nada.

Epílogo en 1978

Las notas que componen la anterior relación las empecé a juntar hace unos 15 años, sin sospechar que podrían llegar a tener otro sentido que el de ir anotando mi asombro ante don Octavio. Sólo ahora que me entero, por intermedio de doña Silvia Ponce de León, de la muerte de don Octavio, se me abre el íntimo significado de su historia: Don Octavio Plasencia murió en su ley, de un minuto para otro, en los brazos de doña Silvia Ladrón de Guevara, el brumoso amanecer del día once de setiembre de mil novecientos setenta y tres, en su Cobquecura natal.

LITERATURA INSTRUMENTAL

Hugo, de todos nosotros, es el único que alcanzó el dominio cabal de la técnica narrativa. Hugo manejó los personajes, situaciones y problemas más dispares, y siempre con el tono preciso, con la intensidad precisa, con la complicación precisa. Y todo porque Hugo, de todos nosotros, fue el único que hizo de sí mismo uno con la literatura. Esto lo digo muchos años más tarde, cuando la distancia me ha aumentado el cariño por Hugo y cuando la edad me ha ido haciendo engordar y poniendo más dado a los elogios. Hace quince años atrás yo admiraba —todos los hermanos admirábamos— a Hugo tanto como ahora, pero lo hallaba lleno de defectos, de literatura. Hugo soltaba frases como 'la tempestad rugía como un tigre en celo', o 'soez y rijoso como un simio' en medio de descripciones naturalistas y nos quería convencer de que eran frases maestras. Nosotros no nos atrevíamos a decirle que eran frases de un mal gusto espantoso y lo tratábamos de convencer de que lo que pasaba era que alteraban el ritmo del relato. El se defendía diciendo que ahí estaba la gracia, precisamente, que ése era justamente el efecto. Nosotros seguíamos discutiendo a ese nivel y él insistía en que ahí era donde las lectoras sentían el impacto y se colmaban de afecto contagioso. Un día nos leyó 'El alma y el niño absurdo', donde había un frágil barquichuelo zarandeado por la horrible tormenta. Un hombre de impermeable gris fumaba, impassible, sobre la cubierta. Por algún motivo por ahí andaba el capitán, y el hombre le dijo: 'Capitán, ¿no ha sentido usted que a veces le destroza el corazón la misma vida?'. El capitán fija su mirada de acero en el profundo abismo y va y le pregunta al hombre del impermeable gris: 'Usted, ¿escribe?', y el hombre se vuelve sin prisas, con una actitud indescifrable, y pregunta a su vez: '¿Cómo lo supo?',

cuando en eso, en medio de la tormenta que arrecia, la mujer de negro con un niño agonizando entre los brazos se ilumina un instante bajo el rayo y se pierde en la bruma. A mí —a todos los hermanos— el cuento me produjo una honda emoción, un real sentimiento de ansiedad, pero al mismo tiempo nos pareció narrativamente mal estructurado, incluso incoherente. Le dijimos que había tantas frases literarias y que la mujer de negro no tenía nada que hacer ahí. Y Hugo casi se molestó, nos dijo que ahí estaba la gracia, que la Drina casi se había meado de gusto y de impresión al verse retratada en el cuento, llevando adheridos aún a su cuerpo los despojos sangrientos de su mutuo amor moribundo y que eso la había encendido de nuevo. Unos días después, cuando Hugo nos leyó un cuento igual pero ambientado en un desierto abstracto y con el misterioso hombre del impermeable gris luchando con un tigre y hablándole de literatura maldita a una misteriosa mujer de pelo rojo y senos abundantes empezamos a agarrarle más respeto como escritor y a admirarlo otro poco más. Por supuesto que no dejamos de criticarlo, de callar las cosas que nos parecían más burdas en sus cuentos. Pero un día sí que nos colocamos serios de verdad. Fue cuando Hugo llegó con la primera versión de 'La noche del tigre', donde un hombre de impermeable gris de origen no explicado se hacía tigre y se iba a una selva llena de resonancias lúbricas y tenía unos tratos con una hermosa y delicada mujer de mirada intensamente verde. Ahí lo paramos en seco. Le echamos en cara todas las frases literarias que le había copiado a Horacio Quiroga y él tan campante nos dijo que por algo la María Teresa se había meado de gusto al reconocer su mirada intensamente verde despertando la pasión carnal del tigre y encima recitó unas frases tal cual que le había copiado a Jack London y a Alberto Moravia y nos contó unas escenas de Vargas Vila que había usado antes tal cual en 'El alma y el niño absurdo'. Nosotros nos sentimos heridos, casi estafados. Hugo se sintió realmente mal. Creo que estaban arrepentido que no hizo frases literarias pidiéndonos disculpas. Yo le dije que era una bajeza usar así la narrativa y encima ajena, Juan Eduardo le dijo que si no era capaz de conquistar mujeres con sus propias cosas que tenía que recurrir a artimañas grotescas. Fue una reunión tensa. Hugo jamás perdió del todo su entusiasmo por la literatura ni su estilo de conquistador, pero aún así se puso muy triste con el asunto. Asistía a las reu-

niones pero se notaba que se aburría; se le veía solo, se le veía esmirriado en su impermeable gris, no llevaba cuentos nuevos para leernos a la luz de velas románticas, como le gustaba antes, y no se entusiasmaba como antes con mis cuentos neo-criollistas ni con los poemas neofundamentales del Pato. Un amigo es un amigo y eso duele, no se puede aguantar que ande así. Así que lo confesamos y confesó. Se sentía solo, no salía ni una conquista que valiera la pena, no escribía nada. Yo creo que nosotros entendimos y nos sentimos hasta culpables y lo admiramos más, nos enternecemos. Jorge le dijo que por último escribiera como quisiera, Juan Eduardo le aconsejó que enfrentara la vida como él mismo sin preocuparse de la opinión de los demás, el Pato le dijo que no fuera huevón y que si los cuentos le servían para conquistar féminas que le copiara las obras completas a Dostoyevski, Fidel le dijo que le sacara todo el provecho que pudiera a cada cuento no más, yo le ofrecí modestamente cualquiera de mis cuentos (cosa que hoy me parece más que risible), y Hugo recibió nuestro afecto, que era lo que importaba, y se puso mucho mejor. Poco después nos invitó a la noche del tigre, donde hizo literatura estupenda frente a sus numerosos discípulos fascinados y frente a nuestra más sincera admiración. Nos invitó a su postura de argollas y a las doce de la noche nos reunió en una pieza oscura con una garrafa de Cunaco y metros de longaniza para decirnos una frase magistral: 'Hermanos, estoy arrepentido'. Fue una postura de argollas inolvidable. Creo que fue en 1973, la última vez que nos reunimos todos los Hermanos, y poco antes de casarse, que Hugo nos congregó para leernos la versión definitiva de 'La noche del tigre', un verdadero homenaje de amistad donde todas las frases eran suyas, donde todas las misteriosas mujeres de vientres ígneos aparecían y desaparecían en el momento preciso y donde misteriosos hombres de impermeable gris fumaban del modo preciso, meditaban en voz alta en el tono preciso y avanzaban con decisión precisa a rasgar las vestiduras que oprimían senos túrgidos de mujeres olorosas, hablando de literatura y de amor en el estilo preciso.

LAS DAMAS DE NEGRO

Parece increíble que una institución benéfica pueda despertar la suspicacia, la ira y la hostilidad de otras instituciones benéficas. Es doloroso comprobar que en la beneficencia —en sectores de la beneficencia— pueda haber cabida para el rencor. Es doloroso tener que decir estas cosas que podrían, a su vez, generar nuevas iras, nuevas hostilidades. Aun así, yo me he improvisado escritor para decir la verdad y no para recibir elogios (que a estas alturas de mi vida de poco sirven). Comencé a escribir mi desazón en mi lecho de... no sé qué (el doctor Pohl insistía en que yo no estaba enfermo, que el fémur quebrado, que la tibia quebrada, que la clavícula quebrada, que la pelvis fracturada, que nueve dientes idos para siempre, que el hígado machucado no me convertían en enfermo sino en contuso), comencé a escribir en mi lecho de contuso que se sentía enfermo, pero necesitado de un pequeño acto aislado de dignidad. En mi lecho de contuso y en mi lecho de pobre agradecí con lágrimas la bondad de las Damas de Naranja; mi fémur quebrado, mi tibia quebrada, mi clavícula quebrada, mi pelvis fracturada, mis nueve dientes idos para siempre, mi hígado machucado, mis ocho puntos en la cara me han dolido un poco menos con el pijama limpio, con el octavo de Barzelatto, con la charla reconfortante de mi Angel de naranja. Y es triste escribir que de esa misma alegría pudiera nacer el desconcierto: ¿por qué esa ira sorda contra voluntarias tan abnegadas como las Damas de Negro? ¿Por qué esa tensa lividez ante la sola mención de doña Luisa Fernández de Mococain? Yo, que he cargado la cruz de mi salud precaria por tantos años y que he pasado la mayor parte de mi triste vida en centros hospitalarios, no lo entiendo. Si los accidentados del traumatológico tienen sus Damas de Naranja para mitigar

quebraduras físicas y morales, ¿por qué negarse a aceptar que quienes fallecen pobres y abandonados en cualquier Centro reciban un último reconocimiento a su condición humana en forma de oportuna y digna sepultura? Yo quiero entender. ¿Es que la entrega a los demás debe detenerse en el momento decisivo? Yo he sufrido mucho. Ya no juzgo. Sólo quiero entender. ¿Qué habría sido de mí cuando la lucidez me dejó? No necesito retórica para decirlo: yo estuve loco y de entonces recuerdo sólo dos cosas: las paredes carcomidas del hospital psiquiátrico y la silueta balsámica de las Damas de Sepia rompiendo con su bondad las fronteras de la cordura para llevar solaz a los dolientes internados. ¡Cómo presentía yo entonces, oyendo esa voz equilibrada invadiéndome la tibieza, la seguridad de recuperar la lucidez al final del laberinto en que me hallaba! ¡Cuántas personas seguirían sumidas en el infierno de la enajenación si no fuera por la paciencia activa de las Damas de Sepia! (Aun los locos irrecuperables y los pobres tontos han sentido el beneficio de su capacidad de dedicación, aunque por cierto no lo sabrán jamás). Y lo triste es que a pesar de la entrega desinteresada de las Damas de Sepia a los internados del psiquiátrico, con ellas y por ellas nuevamente viví el desconcierto. ¿Por qué el odio? ¿Por qué la agresividad irrefrenada? Recuerdo: en medio del oasis de paz que las Damas de Sepia llevaban a mi locura fugaz, la gota martirizante de veneno. ¿Por qué el afán de presentarme a la señora Luisa como un monstruo? Y aunque hubiera sido verdad, por último, ¿cuál era la relevancia de sus amoríos con el doctor Valladares? ¿No merecían los pobres tontos, los solitarios locos que se iban muriendo, digna y oportuna sepultura? ¿O el amor y la caridad se oponen? ¿O deben ambos encauzarse por donde quieren los demás? ¿Qué más cristiano que hacer el bien callados y precisamente a quienes jamás podrían agradecérselo? Un día no me aguanté y, en cierto modo aprovechando mi condición de irresponsable, le pregunté derechamente al doctor Valladares: ¿usted es amante de la señora Luisa? El doctor Valladares me miró con profunda tristeza y sé que captó la turbación de mi alma y la rectitud de mi intención. Me contestó derechamente: no es verdad, son cosas de esas viejas desgraciadas. Por primera vez me dio la mano al despedirse. Mi tratamiento lo continuó el doctor Erazo. La muerte del doctor Valladares, coincidimos, fue un elemento vital en la recuperación de mi juicio: al hacerme partícipe de su

propia turbación el doctor Valladares me empujó al mundo de la llamada cordura. La gran tarea del doctor Erazo fue prepararme para la vida llamada cuerda con realismo. Haber estado en el siquiátrico, haber estado loco, es una mancha vergonzosa hasta la tercera generación. Es peor que la mancha de las enfermedades mal llamadas venéreas, que vienen y se van o simplemente nos liquidan silenciosamente. Yo lo sé por experiencia propia. Ya dije que he sufrido. Y sé que se sufre más el tedio que la vergüenza de la enfermedad mal llamada venerea. Y digo agradecido que pude sobrellevar los miles de curaciones, los miles de inyecciones, los miles de miradas acusadoras de médicos y enfermeras gracias a la abnegación de las Damas de Granate. Ni una reprimenda, ni un consejo no solicitado. Sólo abnegación y apoyo, sin miedo al contagio. En largas horas de convalecencia solitaria aprendí a respetar y a querer a las heroínas del voluntariado, capaces de arriesgar su propia estabilidad familiar en bien de los despreciados, de los sucios heridos de males mal llamados venéreos. ¿Y cómo entender, entonces, que en estas dulces Damas de Granate anidara el rencor? ¿Por qué dejar caer como un cuchillo, al ver pasar a una Dama de Negro, la frase mordaz: ya llegará uno de esos vampiros a podrirse entre nosotras? Yo, que tantas veces había sido testigo de la bondad desinteresada de las Damas de Negro y de la bondad desinteresada de las Damas de Granate, sufría con estas cosas. Yo había visto sonreír por los pasillos a las Damas de Granate y había visto sonreír por los pasillos a las Damas de Negro. Yo pienso en el voluntariado como una madre solícita de brazos multicolores que sólo hacen el bien. Yo he sufrido muchos males; mi débil cuerpo, mi precaria estabilidad mental, han recibido sólo bondad de las Damas todas. Yo no puedo creer en la necrofilia de las Damas de Negro, ni en la lujuria de las Damas de Granate, ni en la codicia de las Damas de Sepia, ni en el fanatismo de las Damas de Naranja. Yo he podido recuperarme de quebraduras de huesos y de razón, de pudriciones de cuerpo y de alma. He dejado los mejores —o los peores; en todo caso los más— días de mi vida en sanatorios. Esta misteriosa enfermedad que hoy me postra es menos tenebrosa gracias a la solicitud de las Damas de Indigo, ángeles de los dolientes sin diagnóstico. En este estado ya no quiero escuchar, quiero ignorar que la bondad vestida de índigo pueda tener un lado feroz.

Yo estoy más allá de la desesperación y de la esperanza. Sumido en mi mal incomprensible, yo recibo simplemente con alegría la charla reconfortante de mi Dama de Indigo y recibo también con alegría la visita silenciosa de mi Dama de Negro.

DEPOSICION

Es de noche, está lloviendo, hace frío y tengo miedo. Ya van demasiadas noches de miedo; ya no aguanto más. La decisión está tomada: esta noche lo digo todo y mañana tendré unas horas de luz y de vida, por lo menos en paz conmigo mismo. Yo no quiero justificarme ante nadie, yo sólo quiero librarme de esta tensión en que he vivido no sé cuánto tiempo. Alguien me podrá castigar, alguien me podrá despreciar; no importa. Yo ya estaré en calma. Eso será todo. Ahora hablo.

Mi primer contacto con don Ramón Jorquiera de la S. fue en 1969, a raíz de un artículo que publiqué en los Anales de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad Católica de Chile, Santiago, sobre la categoría gramatical de persona en español. Don Ramón me envió una larga carta en la cual se refería a mi trabajo en términos más bien laudatorios. Entre otras cosas, destacaba mi 'tanto encomiable cuanto valiente decisión de ignorar las aberrantes ideas gramaticales de Salvador Fernández, cuya incapacidad analítica sólo halla par en su impericia estilística'. Dejando de lado el hecho de que mi omisión de las ideas de Salvador Fernández se debió a un lamentable descuido, no dejó de llamarme la atención la virulencia del Dr. Jorquiera hacia el notable gramático, cosa que debería haberme puesto sobre aviso. También me llamó la atención el membrete de la carta: COMANDO DE DEFENSA MILITANTE DEL IDJOMA (que inocentemente atribuí a excentricidad) y el sin duda impecable manejo del idioma de que hacía gala el maestro. Después de eso, casi olvidé el incidente, embebido en las primeras escaramuzas de mi profesión de lingüista. Pero en enero de 1970, a raíz de unas conferencias sobre gramática y cultura del idioma que di en el Centro de Perfeccionamiento del Magisterio, en Lo Bar-

nechea, conocí personalmente a don Ramón. El mismo se me presentó después de la última conferencia. Luego de felicitar me por haber fustigado duramente con mi silencio las ineptias gramaticales y lexicológicas de Julio Casares, me dio una pequeña lista de mis propias incorrecciones de dicción, que yo prometí corregir de corazón. Poco más recuerdo de aquella primera entrevista; quizás sólo me impresionó que el doctor tenía mucha facha de chileno y que pronunciaba las *elles* y las *eses* finales con tremenda naturalidad, cosas ambas que a mí me salían más bien forzadas. Al poco tiempo, el doctor me volvió a escribir invitándome a su casa a departir con otros filólogos sobre cuestiones misceláneas del idioma. Fui, por cierto. En su casa había una placa de bronce que advertía: Dr. Ramón Jorquiera de la S., lingüista, guardián del idioma. Para abreviar, diré que don Ramón me reclutó para su ejército lingüístico, el implacable Comando de Defensa Militante del Idioma. Mi adoctrinamiento fue sutil. Sin darme cuenta, fui aprendiendo a detestar los barbarismos, los solecismos, los vulgarismos, los malapropismos, los galicismos sobre todo, y a despreciar a quienes incurrieran en tan nefandos vicios. Llené cuadernos con listas de errores gramaticales y sus hechos; henchí carpetas con recortes de diarios y revistas que incurrieran en vicios de dicción. Mis clases empezaron a perder el sobrio tono científico que habían querido tener hasta entonces, para convertirse en letanías de dicterios en contra de mis colegas y alumnos que estropeaban nuestro hermoso idioma. Fueron días difíciles, pero por lo menos tenían el sello del entusiasmo iracundo que da la fe en una empresa. Dejé de frecuentar a ciertos amigos cuyo castellano era impropio, descuidado o imperdonablemente impuro y malsonante. Tuve que alejarme de una niña que me gustaba, pero que pronunciaba las *ves* de 'invierno' y 'convidar' como labiodentales fricativas. Me hice colaborador habitual de la sección cartas del lector de varios diarios y agoté mi repertorio de seudónimos reclamando enardecido contra la postración a que el cotidiano vilipendio sometía al idioma que habíamos heredado de Cervantes. Me expuse al ridículo, a la mofa abierta, al cierre de puertas. Hasta mi familia empezó a demostrarme primero su preocupación, luego su fastidio y por fin su franca hostilidad. Yo noté que mis tías se habían reunido en cónclave para tratar mi caso cuando ciertas frases se empezaron a repetir de una tía a otra. Una de las frases favoritas era 'está bien ser profesor de castellano,

pero también hay que saber vivir'. Esto a mí me dolió, porque yo siempre había querido saber vivir y sin ofender a mis tías. Así, la verdad es que me empecé a cansar de una cruzada que me empezó a parecer ajena y empecé a frecuentar todo tipo de hablantes. El maestro no me dijo una sola palabra de reproche, pero en noviembre de 1971 me encargó la primera misión ofensiva. Si no fuera porque me he prometido confesarlo todo, omitiría estos hechos que hoy me avergüenzan. En fin: mi primera misión consistió en hacerme caca frente a la casa de un alto funcionario de gobierno que insistía en emplear la expresión 'bajo un punto de vista económico' en vez de la expresión correcta "desde un punto de vista económico'. Me sentí malvado e idiota, pero al menos capaz de hacer algo por una causa. Yo creo eso sí que el doctor notó mi debilidad porque volvió a ponerme a prueba. Mi segunda misión ya fue más vil. Me hicieron matar al canario de una profesora de didáctica que usaba empecinadamente el plural 'currículas'. (No quiero justificarme, insisto, pero juro que no fui innecesariamente cruel con el canario). La tercera misión fue, además de vil, más elaborada; la tercera acción ya fue un acto de mero terrorismo. La llevamos a cabo entre otro miliciano y yo en contra de la presidenta de las damas de rojo, acusada de dequeísmo reiterado además de varios cargos menores. El otro miliciano (a quien no voy a mencionar porque esto es confesión y no delación) y yo irrumpimos en un honesto té de aquellos ángeles de los pobres enfermos y mientras el otro miliciano le afeaba su proceder a la señora presidenta yo les solté a tan sacrificadas señoras hasta media docena de guarenes. Fue horrible. Como resultado, el otro miliciano y yo fuimos ascendidos a tenientes, pero ese mismo día yo hice mi primer intento de dejar el Comando. Conseguí hablar con el Dr. Jorquiera y le expuse respetuosamente mi desacuerdo con los métodos terroristas de defensa del idioma. Su reacción fue inesperada: me miró largamente, con más seriedad de la habitual. A pesar de su baja estatura, el maestro inspiraba respeto. Era un cincuentón en la flor de la vida, frente ancha, nariz aguileña, mirada penetrante. Al cabo de una pausa que debe de haber sido muy larga, su gesto solemne se hizo malvado. Con voz apenas audible me dijo: '¿quiere usted que sus alumnos se enteren de que fue usted el que se hizo caca frente a la casa del ministro de educación?' ¿quiere usted que el rector se entere de que fue usted quien mató al canario de la profesora Ruiz?,

¿quiere usted que sus tías se enteren de que fue usted el que soltó los guarenes en el té de las damas de rojo?'. Mi terror sólo engendró más terrorismo y hasta perdí el deseo de liberarme de la vorágine de violencia en que me había precipitado. Me convertí en el peor verdugo de las filas del Comando de Defensa Militante del Idioma. Durante años me peí en conferencias de galicistas, pinché neumáticos de viciosos barbaristas, incendié casas —siempre vacías— de veraneo de leistas y loístas, destruí bibliotecas de solecistas, robé paraguas y sombreros de cacófonos; en fin, cometí toda clase de atropellos y atentados injustos en la lucha sin cuartel contra anacolutos, monotonías, anfibologías, impropiedades e incorrecciones de todo tipo, una lucha que había dejado de ser mi lucha para tornarse abyección y a la cual sólo me empujaba el terror de ser desenmascarado. Hasta tuve que viajar al extranjero a castigar duramente a los esbirros del anglicismo, con peligro evidente de ser deportado en forma ignominiosa o de ser juzgado por aquellos mismos a quienes yo condenaba a oprobios y noches en vela. Era algo horrible. Aunque ante los ojos de los demás mi vida seguía siendo relativamente normal, la naturaleza misma de mis acciones terminó por hacer intolerable el contacto con mis familiares y amigos. Cada vez que alguno usaba mal alguna preposición o descuidaba una concordancia o no respetaba la consecutio temporum o incurría en barbarismos pasaba por mi mente la posibilidad de que el doctor me asignara la misión de un atentado en contra de un ser querido, pues por mucho que mis tías se mostraran crueles e incomprensivas yo jamás habría podido hacerles daño. Las relaciones con los demás milicianos eran también tensas. Para comenzar, conocía a muy pocos de ellos y jamás hablábamos más de lo necesario para que no fuera a ser que cayéramos en alguno de los vicios de dicción que era nuestra misión combatir (yo, por ejemplo, tengo una peligrosísima propensión a aspirar las eses en la distensión silábica que bien me habría podido significar un castigo cruel y ejemplarizador). Los otros milicianos se veían tan tristes y aterrados como yo. Sin embargo, era imposible saber si uno podía franquearse: tal es la efectividad del terror como instrumento de control. Aún así, yo sabía que mi liberación sólo podría venir de la unión con otros milicianos. Un día decidí jugarle el todo por el todo y tantear a otro miliciano con el cual tenía una antigua amistad, anterior al Comando, amistad que el Comando había, ya que no destruido, cer-

cenado dolorosamente. Comencé por algo sutil, como fue soltar un par de erres asibiladas para ver la reacción del otro miliciano, que para mi felicidad respondió diptongando cautelosamente unos hiatos. El proceso de acercamiento duró semanas, pues la suspicacia y el temor eran todavía más fuertes que el afán de liberarse del férreo Comando del General. Podría haberse tratado de un caso de espionaje. Con gran cuidado, pues, fuimos dislocando enclíticos, aventurando contracciones e incluyendo voces dudosas hasta llegar a solecismos y barbarismos declarados. Un día hasta nos reímos de ciertas ambigüedades o quiasmos, no recuerdo bien. El hecho es que cuando ya no cabía duda del terreno que pisábamos, juntos logramos urdir una estrategia para desertar el Comando: pedimos una audiencia al doctor Jorquiera. El otro miliciano había ascendido a coronel a raíz de cierta atrocidad que le había hecho a un personaje de la televisión conocido por sus absurdas vocales áfonas y sus torpes neologismos, así es que el Maestro nos recibió con notable deferencia. Cuando le expusimos nuestro deseo de dejar el Comando lo tomó con absoluta naturalidad. Comenzó por agradecernos nuestros años de lucha por la pureza del idioma. Con calma detallada, enunció nuestras más notables fechorías, que él llamaba acciones punitivas, y terminó reconociendo nuestro derecho al retiro. Todo parecía demasiado civilizado y cordial, pero yo percibí la infinita, fría crueldad del discurso del doctor Ramón Jorquiera de la S., lingüista, guardián del idioma, y me supe juzgado y condenado. Mi miedo fue tan grande que dejé de sentir miedo. No sé qué habrá hecho Ríos. Yo dejé ayer el Comando de Defensa Militante del Idioma y desde ayer me siento, por fin, libre. Esta noche fría y lluviosa, a pesar del miedo que persiste, soy casi feliz. Sé que la venganza puede venir. Sé también que llevo, que trato de llevar, una vida idiomática limpia. He delinquido y me he confesado, que es una manera de limpiarse. Si fuera necesario podría detallar mis innobles acciones ante un legítimo juez, quien comprendería oñe fueron producto más del miedo que del fanatismo idiomático. Quizás podrá haber galicismos en mi confesión. Solecismos. Anacolutos. Cacofonías. En fin, qué importa. Revisarla sería un nuevo acto de cobardía. Que quede como está. Just in case, I guess it will be safer to continue this way, since the Master's ire is not concerned with English. What I want to say before finishing is that I just want to live free, I want everybody to live and talk freely. I do not

want to harm anybody because he or she does not know how to use his or her language. I wonder now whether there are any guardians of the English language. I wonder where they are. I wonder if they could be as cruel with the offenders as I used to be.

IMPRESOS ANDALIEN CONCEPCION

1982